

Lo literario como fuente de inspiración para el lenguaje médico

Bertha Gutiérrez Rodilla*

1. Medicina, literatura y sociedad

Nadie se sorprenderá al leer aquí, porque es un hecho harto conocido, que ha existido una extraordinaria y fructífera relación a lo largo de la historia entre la medicina, la literatura y otras formas de actividad creadora. Así lo atestiguan la infinidad de trabajos que, ya sea de manera global¹ o restringidos a aspectos más particulares,² se ocupan de este asunto. Relación que es, por lo demás, absolutamente polifacética. De un lado tiene que ver con la propensión de los profesionales de la salud a ejercer también como novelistas o poetas, ya sea compatibilizando ambas tareas, ya sea abandonando los quehaceres médicos para dedicarse de lleno a la literatura.³ De otro lado, en numerosos relatos literarios de todos los tiempos, las enfermedades y sus consecuencias se convierten en argumento; los enfermos y los médicos, en personajes principales, y los hospitales, leproserías, manicomios o balnearios, en escenarios donde se desarrolla la trama.⁴ En otras ocasiones, la literatura se manifiesta como instrumento utilísimo para obtener información sobre aspectos muy sutiles pertenecientes a dominios clásicamente marginales en el discurso científico médico, por lo que se precisa para su estudio el recurrir a fuentes especiales. Esto es lo que sucede con algunas actitudes del hombre occidental ante su propia muerte, las diferentes tareas que la sociedad ha encomendado a la psiquiatría, el uso de las drogas en nuestra cultura o la llamada «revolución sexual» de los años sesenta.⁵ Finalmente, aunque somos conscientes de que no se agotan aquí las posibilidades, la medicina, como la ciencia en general, se ha servido siempre a lo largo de su historia de recursos y géneros que parecen más propios del ámbito literario: bien porque se expresan los contenidos médicos

mediante estructuras del tipo de las sentencias, los refranes, etc., como, por ejemplo, los *Aforismos* de Hipócrates, que han gozado de una transmisión y pervivencia constantes hasta la actualidad, bien porque se utilizan la métrica o la rima como elementos facilitadores de la retención y posterior evocación mnemotécnicas —así ocurre, por recordar sólo uno de los casos más notables en la historia de la medicina, con el *Regimen Sanitatis Salernitanum*, poema donde se recoge un conjunto de medidas higiénico-dietéticas para conservar y alargar la salud, compuesto en la medieval Escuela de Medicina de Salerno—, bien porque se usan figuras retóricas, especialmente comparaciones y metáforas, aparentemente más propias del discurso literario que del científico, a las que más adelante nos referiremos con más detenimiento.

Dado que este contacto del que hablamos se ha prolongado durante siglos, es lógico pensar que el lenguaje común y el literario se han dejado influir por la medicina del mismo modo que el discurso médico es deudor de la literatura y de la sociedad de cada tiempo. Esto es así porque literatura y ciencia participan de una base común dentro de la historia cultural y social. El objeto primario de la expresión poética y de la expresión científica, a decir de Laín Entralgo, es el mismo, idéntico para el poeta y para el hombre de ciencia: la realidad. Ambas difieren tan sólo en su intención y en su instrumento de trabajo. Del mismo modo, Ortega, extraordinariamente preocupado por el problema de la metáfora y, por añadidura, el del conocimiento poético de la realidad, sitúa la diferencia entre ambas en el distinto régimen y finalidad de la actividad intelectual.⁶

Por eso no es extraño que en el discurso literario, y en el de todos los días, nos encontremos utilizadas metáforas que tienen su origen en el mundo médico. Suelen aparecer más frecuentemente en relación con situaciones que se consideran moral o socialmente «enfermas» y, lógicamente, se sirven de aquellos

*Facultad de Medicina, Universidad de Salamanca (España). Dirección para correspondencia: bertha@usal.es.

procesos morbosos que más miedo o rechazo suscitan en cada época: la tuberculosis, la peste, el cáncer o el sida, aunque también es frecuente la utilización de términos más genéricos, como úlcera, plaga, epidemia, gangrena o tumor. A pesar de lo anterior, existen también algunos aspectos positivos de la medicina o de sus avances que se abren camino en nuestra cotidianidad de tal manera que, no sólo se incorporan al lenguaje común, sino que quedan retratados en el discurso literario. Probablemente el mejor ejemplo sea el de la «aspirina», denominación de una especialidad farmacológica, utilizada ya a principios del siglo XX por Gómez de la Serna en sus famosas *Greguerías* y convertida rápidamente en nombre común, como quedó atestiguado con su consignación por vez primera en la decimosexta edición del Diccionario de la Real Academia Española, aparecida en 1936. Seguramente sea la única denominación farmacológica que conocen todos los hablantes, al menos en nuestro medio, para los que ha pasado a tener el significado genérico de ‘medicamento’, incluso ‘panacea’, ‘curalotodo’.

Por su parte, la sociedad y las ideas vigentes en cada momento influyen tanto sobre la literatura como sobre el discurso médico. Si en la anatomía medieval es imposible hablar del cuerpo sin aludir al macrocosmos, Vesalio proporciona en el Renacimiento una visión del mismo como fábrica o estructura, un sistema básico dentro de un marco arquitectónico, un edificio bipedestante. Las explicaciones decimonónicas que acompañan a la tuberculosis —la energía, como los ahorros, puede gastarse, agotarse, si se la usa sin tino; el cuerpo entonces empieza a consumirse y el paciente a menguar— reflejan el desarrollo del pensamiento capitalista del momento. En el siglo XX, en que se lleva hasta las últimas consecuencias la concepción etiopatológica de la enfermedad surgida a finales del XIX, la medicina se convierte en el arte de descubrir y destruir al enemigo del cuerpo, la patología en una narración bélica y la terapia en una estrategia antibiótica —el salvarsán de Ehrlich se conoce como la «bala mágica»— en la que se va asistiendo a una espiral de acción-represión entre germen y anticuerpo. Pero este tipo de explicaciones no se limitan al ámbito de las enfermedades infecciosas: las células cancerosas *invaden* los tejidos vecinos, *colonizan* otras zonas del cuerpo, y las *defensas* del individuo no pueden acabar con ellas. Incluso las enfermedades de naturaleza autoinmune se plantean como un fallo de nuestro *sistema de defensa*

inmunitario que, llevado por una especie de paranoia, interpreta que alguna parte de nuestro organismo se ha pasado al enemigo, por lo que hay que producir anticuerpos contra ella. Como hay que *salvar* a todos estos cuerpos enfermos a cualquier precio, se organizan *cruzadas, campañas, luchas* contra el cáncer, contra el sida o contra lo que sea.⁷

Igualmente, la sociedad, amparada en sus criterios ideológicos o morales, trata con frecuencia de imponer cambios diversos en el lenguaje médico. Así, por ejemplo, en el día mundial de la lepra, en enero de 2001, se quiso sustituir el nombre de lepra por el epónimo *enfermedad de Hansen*, con el único fin de «evitar el estigma que esta palabra produce sobre los afectados». Intentos de ocultar tras un parche lingüístico un desolador panorama social. También son presiones de esta índole las que a veces obligan al médico a cambiar unos términos por otros cuando se dirige a los pacientes o a sus familiares. Y así habla de *etilismo, enolismo* o *exogenesis* para evitar decir *alcoholismo*; o habla de *gesto autoagresivo* o de *intento de autolisis* para no pronunciar la palabra *suicidio*.

En este contexto, vamos a ocuparnos estrictamente de cómo la literatura puede influir sobre el lenguaje de la medicina, sobre las palabras, sobre los términos médicos. Para ello es necesario que previamente aclaremos que existen dos grandes procedimientos para la creación de tecnicismos⁸ el que se conoce con el nombre de neología de sentido, que consiste básicamente en añadirle un significado nuevo a una palabra que ya existe, y el que se denomina neología de forma, en el que se crea una palabra, una «forma» nueva, generalmente mediante la combinación de elementos diversos del caudal de la lengua —raíces, prefijos, sufijos, palabras enteras, letras sueltas...—. En ambos procedimientos se pueden encontrar ejemplos que de alguna forma nos conecten con la literatura.

2. La analogía: argumentación metafórica y neología de sentido

La ciencia en general, y la medicina en particular, ha recurrido siempre, en todas las etapas de su historia, a las explicaciones analógicas como mecanismo de conceptualización, de argumentación y de denominación. De tal manera lo ha hecho que hasta se ha llegado a pensar que es un proceso prácticamente intrínseco al pensamiento científico, porque se inserta de lleno en el fin fundamental al que sirve

la ciencia: la explicación.⁹ El discurso metafórico tiene como objetivo establecer, apoyar o ilustrar los razonamientos, a la vez que sirve admirablemente a la economía de los mensajes científicos. Su utilización en ciencia, sin embargo, no ha sido nunca universalmente aceptada, pues hay quien cree que va en detrimento de la precisión del lenguaje científico y de su pretendida monosemia:¹⁰ si Descartes, por ejemplo, reconoce la necesidad de recurrir a la comparación en física, más particularmente, en óptica, confesando la insuficiencia de una aproximación puramente matemática,¹¹ Van Helmont le critica a Paracelso que use de las analogías como si fueran argumentos lógicos, siendo el razonamiento analógico arbitrario, poco sistemático.¹² Por otro lado, no cabe duda de que recursos como la comparación o la metáfora han sido de una gran utilidad en la difusión de los resultados científicos en épocas anteriores a la nuestra, en las que no existía la fotografía, ni otros medios de similar precisión, para representar la realidad. Acertar, entonces, en la comparación de lo que se quería comunicar con otra imagen conocida por la audiencia representaba el método ideal de descripción de hallazgos y, por tanto, de enseñanza de esos hallazgos. Incluso es la metáfora la que le ha proporcionado a algunas ciencias la mayor de las precisiones. En medicina, por ejemplo, signos como *cuello de búfalo*, *diarrea en agua de arroz*, *olor a paja mojada*, *marcha en estrella...*, muy característicos, e incluso a veces patognomónicos de una enfermedad, han permitido proporcionar su diagnóstico exacto en innumerables ocasiones.¹³

Los procedimientos analógicos, como adelantábamos, se han usado también en innumerables ocasiones a lo largo de la historia no ya para la conceptualización o la argumentación, sino para la denominación, para la creación neológica, añadiéndoles nuevos significados a palabras ya existentes. Este proceso de *terminologización* se realiza, básicamente, de dos maneras: con el paso de una palabra del lenguaje común al científico, mediante la incorporación de un sema nuevo —es el caso del término de la genética *horquilla* o del *ratón* informático—, o bien con el paso de una palabra de una ciencia a otra, adquiriendo en el segundo dominio científico un significado diferente al que tenía en el primero; esto es lo que pasa, por ejemplo, con los *apareamientos* cromosómicos o los *cortocircuitos* genéticos o neuronales.

Una gran cantidad de los tecnicismos tienen su

origen en neologías semánticas que descansan sobre un proceso analógico; pero no todas las ramas de la ciencia o de la técnica recurren a ellas con la misma frecuencia, ni tampoco se usan de la misma manera en todos los momentos de la historia de cada una. Suele ser el procedimiento elegido para la creación de tecnicismos en los primeros momentos de constitución de un área de conocimiento. Así ocurre, por ejemplo, en la genética, dominio científico que cuenta con una corta vida, que, con frecuencia, se sirve de este procedimiento neológico para la creación de sus términos: *gensuicida*, *código* genético, *mensaje* genético, *información* genética, *expresividad* genética, *biblioteca* de genes... Lo mismo se constata respecto a los propios inicios de la medicina científica occidental hace 25 siglos: muchos de los términos médicos acuñados en Grecia o en Roma responden a este mecanismo, aunque su antigüedad hace que en la mayoría no se perciba la neología de sentido, pues lo que perteneciera al lenguaje común latino o griego no forma parte necesariamente de nuestro lenguaje común. Sin embargo, es precisamente en la época clásica en la que nos resulta más fácil encontrar palabras empleadas durante mucho tiempo en la literatura con un sentido extenso y que sólo mucho después los médicos usan como una acepción especializada. Ese sería el caso, por poner sólo un ejemplo,¹⁴ de *catátesis*, nombre de acción que, con los significados de ‘apoderarse’, ‘tomar’, ‘retener’, ‘asir’, se encuentra en Tucídides, Platón o Aristóteles, pero también en el *Corpus hippocraticum*, todavía con un sentido amplio, para referirse a diversos procesos morbosos que ‘se apoderan como de repente’ del individuo. A lo largo de los siglos que separan el *Corpus* (siglos V-IV a. C.) de la obra de Galeno (siglo II d. C.), esa palabra va convirtiéndose en término médico, restringiendo su significado según los contextos en que aparece. De forma que, cuando Galeno la utiliza —y todos los médicos a partir de él—, lo hace ya con su sentido especializado.¹⁵

3. Eponimia

Pero, sin ninguna duda, es en el ámbito de la eponimia médica donde la literatura ha dejado su huella más importante. Los epónimos son aquellos términos que se construyen a partir de un nombre propio. Tal nombre suele ser el del investigador que ha descubierto —o al que la historia ha atribuido— la realidad que se está nombrando (*teorema de Pitá-*

goras, galvanización, etc.), pero, y eso es lo que aquí más nos interesa, ese nombre puede tener su origen en un personaje bíblico o literario, en un dios mitológico, etc. De acuerdo con el mecanismo con que se forman, los epónimos pueden ser de dos tipos: los más frecuentes son aquellos que se crean mediante una construcción de genitivo —en castellano con la preposición «de»—, como ocurre en *tendón de Aquiles* o *síndrome de don Quijote*. También es posible crear epónimos utilizando el nombre propio como si fuera una raíz a la que se añaden prefijos, sufijos u otras raíces para obtener, a partir de ella, compuestos y derivados. Dicho de otra manera, es como si se creara un sustantivo común a partir de un nombre propio e, incluso, en ocasiones, como si se convirtiera el nombre propio en sustantivo común. Por ejemplo, el nombre de Himen, hijo de Apolo y dios del matrimonio, no sufre modificación alguna cuando pasa a ser el término que designa la membrana mucosa que cubre la entrada de la vagina. En el caso de *morfina*, sin embargo, se produce una derivación a partir de Morfeo, nombre del dios de los sueños. Una vez formado, el epónimo se comporta como cualquier otra voz de la lengua, que puede dar lugar a diferentes palabras por composición o derivación a partir de ella: *morfinismo*, *pseudomorfina*, *morfínico*, *morfinización*, *morfinomanía*... Además de lo anterior, todos los nombres propios, como se hace en el lenguaje común, pueden adjetivarse: tal es el caso, por ejemplo, del diagnóstico *holmesiano* —diagnóstico por exclusión—, que le debe su nombre al célebre Sherlock Holmes; del pensamiento *janusiano* —aquél que establece una oposición entre dos conceptos o ideas que coexisten y operan simultáneamente—, adjetivo derivado de Jano, el rey más antiguo del Lacio, al que se suele representar con dos caras que miran en direcciones opuestas; o del ganglio *délfico* —ganglio que, cuando aparece, tiene un significado ambiguo, incierto, inseguro—, que le debe su nombre al conocido oráculo de Apolo en Delfos.

Al no estar sometida a ningún tipo de reglas, la utilización de un nombre propio para crear un epónimo no significa que no se pueda volver a utilizar para crear otros, del mismo o de diferente tipo. Por ejemplo, a partir del nombre de Adán, del que según el Génesis bíblico provenimos todos nosotros, tenemos una expresión anatómica como *nuez de Adán* —en algunas lenguas, *manzana de Adán*— pero también, *complejo de Adán*, *deficiencia de Adán* e, inclu-

so, *complejo de Adán y Eva* o *evolución de Adán y Eva*. Todos ellos, como vemos, se han fabricado mediante una construcción de genitivo. Sin embargo, a partir del nombre de Venus, la diosa que representa la feminidad, el amor y la belleza en la mitología latina, tenemos epónimos médicos que se han formado tanto por adjetivación —enfermedad *venérea*—, como por una construcción de genitivo —*monte de Venus* o *collar de Venus*—. También Afrodita, la equivalente de Venus en la mitología griega, nos ha dejado en medicina diversos términos eponímicos, como *afrodisíaco*, *anafrodisia* o *hermafrodita*, o en botánica, las plantas *afroditas*, que son las que se reproducen de modo asexual. Es posible, incluso, que un nombre propio originara un epónimo que ya no se utilice y que, no obstante, haya servido de punto de partida para acuñar un segundo epónimo todavía en uso. Así ocurre, por ejemplo, con Saturno, nombre del dios del tiempo en la mitología latina —equivalente al Cronos griego—, utilizado para bautizar a un planeta y que sirvió, por las asociaciones que se establecían entre los planetas y los metales desde la antigüedad hasta el siglo XVII, para denominar al plomo. En el siglo XIX se denominó *saturnismo* a la intoxicación por sales de plomo, a pesar de que el nombre de saturno hubiera sido desterrado tiempo atrás para referirse al plomo.

No podemos dar cuenta aquí, es obvio, de todos los epónimos existentes relacionados de alguna manera con la literatura, por lo que, para terminar, nos limitaremos a espigar unos cuantos ejemplos.¹⁶ Como hemos visto, la mitología, especialmente la grecorromana,¹⁷ está en el origen de numerosos tecnicismos médicos. A los que ya hemos adelantado, añadimos ahora los siguientes:

- *Cabeza de Medusa*, comparación que Laennec estableció entre algunas de las telangiectasias que aparecen en las cirrosis graves y Medusa, criatura mitológica griega a la que, en lugar de salirle cabellos de la cabeza, le salían víboras. También le sirvió a Freud para establecer una comparación entre la decapitación de la gorgona Medusa a manos de Perseo y el temor a la castración, convirtiéndose de este modo la cabeza de Medusa en símbolo de la castración.
- *Coma*. Este término, ya usado por Hipócrates, aunque para algunos es de etimología dudosa, para otros deriva del nombre de Comus, guardián de los banquetes y otras fiestas y orgías

nocturnas en la mitología griega, quien cayó en un profundo estupor por un exceso de alcohol.

- *Hipnosis*, trance inducido artificialmente en el que parte de la *estructura* mental del sujeto se pone al alcance del hipnotizador. Este nombre, propuesto por el francés Cuvillers en 1821, tiene su origen en uno de los hijos de la Noche, Hypnos (sueño), hermano de Tánatos (la muerte), que tiene como misión permitir el paso de los sueños verdaderos —no falsos o halagüeños— a los mortales.

- *Atropina*, alcaloide de la belladona (atropa), rinde con su nombre homenaje a Atropos, una de las tres Parcas —que son las encargadas de ejecutar las órdenes del Destino—, cuya misión es cortar de improviso y cuando le place el hilo de la vida de los mortales.

- *Atlas*, nuestra primera vértebra cervical, que soporta el cráneo mediante su articulación con el hueso occipital, se llama así por Atlas, el titán de la mitología griega que, por tomar partido contra Júpiter en la Guerra de los Titanes, fue castigado a cargar eternamente sobre sus espaldas la bóveda celeste.

Por su parte, el «libro de los libros», la Biblia, proporciona diversos epónimos a la medicina, además de los relacionados con nuestro ancestro Adán, que ya hemos señalado:

- *Síndrome de Job*. Esta expresión se ha utilizado para referirse tanto a unos abscesos cutáneos recurrentes producidos por estafilococos como a una variante de la enfermedad granulomatosa crónica, también con infecciones estafilocócicas recurrentes. Está inspirada en Job, el personaje bíblico símbolo de la paciencia por aguantar infinitas calamidades mandadas por Satán para probar su fidelidad a Dios, entre las que se encontraba una «úlcera maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza» (Job 2, 7), para la que se han sugerido infinidad de diagnósticos: viruela menor, penfigoide, lepra, dermatitis herpetiforme, pelagra, dermatitis psicósomática, etcétera.

- *Onanismo*, sinónimo impropio de masturbación. Está formado a partir del nombre de Onán, personaje del Antiguo Testamento (Gn 38, 1-11) obligado por la ley del levirato a *ocuparse* de la viuda de su hermano mayor. Como Onán no que-

ría tener descendencia que sabía no sería suya, sino de su hermano muerto, practicaba con su cuñada el *coitus interruptus*. De ahí que el significado de *onanismo* sea, en principio, ‘contra los fines del matrimonio’ y no sólo ‘masturbación’, y que se haya usado, sin demasiado éxito, como término genérico para referirse a todas las prácticas anticonceptivas.

- *Complejo de Mesías* designa un proceso de identificación con Cristo que tiene lugar durante un episodio psicótico, debido, al parecer, a problemas psicológicos derivados de un exceso de influencia de los padres sobre los hijos. Quienes lo presentan están obsesionados con la misión que Dios les ha encomendado de salvar al mundo, siendo capaces hasta de sentir que tienen un halo alrededor de su cabeza. *Mesías* es una palabra del Antiguo Testamento relacionada con la promesa hecha por Yavé al pueblo judío de enviar un salvador.

- *Síndrome de la mujer de Lot* sirve para designar la aparición de hipodipsia crónica e hipernatremia con volumen sanguíneo y función renal normales en el curso de una leucemia mieloide aguda causadas por una hipoplasia o destrucción de los osmorreceptores hipotalámicos que controlan la sed y la secreción de vasopresina. Alude a la transformación en pilar de sal —pilares muy típicos en la región del Mar Muerto— que sufrió la mujer de Lot por desobedecer la orden divina de no mirar atrás cuando salían huyendo de su ciudad, Sodoma, mientras Yavé la destruía (Gn 19, 26). Existe también un *síndrome de Lot*, para referirse a la hipercalcemia secundaria a hiperparatiroidismo o intoxicación por vitamina D. A su vez, el topónimo Sodoma ha originado la voz *sodomía* para designar el concubito entre varones, porque, de acuerdo con la Biblia, en aquella ciudad palestina se practicaban todo tipo de relaciones *contra natura*.

Finalmente, la literatura propiamente dicha de todos los tiempos nos ha dejado curiosos términos de uso en medicina, como los siguientes:

- *Síndrome de Arlequín*: designa un problema benigno de la circulación en el recién nacido, en el que cada una de las mitades del cuerpo presenta una coloración diferente: una más pálida y

otra más rosada, o incluso rojiza. Debe su nombre, supuestamente, a la vestimenta habitual de Arlequín, célebre personaje de la *Commedia dell'arte*. Decimos supuestamente porque, en realidad, el traje original de Arlequín no es el dividido en dos partes, una blanca y otra negra, sino el formado por varios cuadros o «parches» en forma de rombo, de diferentes y vivos colores.

▪ *Sífilis*: personaje del poema *De Morbo Gallico*, escrito en 1525 por el médico italiano Girolamo Fracastoro, donde se hace una descripción de esta enfermedad, conocida por otros nombres, como «mal francés», «mal de Nápoles», «mal de bubas», etc. El nombre Sífilis, atestiguado en las *Metamorfosis* de Ovidio y presente con distintas variantes gráficas en diversos manuscritos medievales y poemas renacentistas, parece tener su origen en *Sipylus* (segundo hijo de Níobe, hija de Tántalo, rey de Lidia), inspirado a su vez en el monte Sipilo de Lidia.

▪ *Síndrome de Lasthénie de Ferjol*, cuadro anémico debido a pequeñas sangrías que el paciente se practica voluntariamente. Le debe el nombre a Lasthénie de Ferjol —personaje de la novela *Une histoire sans nom*, de Barbey d'Aurevilly—, que murió por las pérdidas repetidas de sangre que ella misma se producía en secreto. Por su parte, el nombre de Lasthénie lo formó claramente el escritor a partir de «astenia», en lo que puede verse un ejemplo a la inversa de lo que aquí hablamos; es decir, de la influencia de la medicina sobre la literatura.

▪ *Bovarismo*, término que se refiere a la confusión o la imposibilidad para distinguir la fantasía de la realidad. Tiene su origen en la novela de Gustave Flaubert *Madame Bovary*. En ella, Emma Bovary trata de escapar del aburrimiento que le producen la seriedad y sobriedad de su marido Charles mediante la evocación de imágenes de su juventud relacionadas con fantasías sexuales y deseos adúlteros, de los que ella va convirtiéndose en protagonista. Esto la irá llevando a sentir como si fueran reales a hombres imaginarios, confundiendo progresivamente la fantasía con la realidad.

Notas

1. Vid., por citar sólo algunos, Binet L., Vallery-Radot P. *Médecine et Littérature*. París: Expansion scientifique française; 1965; David-Peyre Y. *Le personnage du*

médecin et la relation médecin-malade dans la littérature ibérique. París: Hispano-Americana; 1971; Martín Muñoz Á. *Literatura y medicina*, BRAE 1993; 73: 257-302, o Rof Carballo J. *Medicina y actividad creadora* Madrid: Revista de Occidente; 1964.

2. Vid., por ejemplo y limitándonos exclusivamente al ámbito español, Albarracín A. *La Medicina en el teatro de Lope de Vega*. Madrid: CSIC; 1954; Cerveró L. *La medicina en la literatura valenciana del siglo XVI*, Valencia: Tres i Quatre; 1987; Doménech Montagut A. *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilia Pardo Bazán*. Valencia: Centro F. Tomás y Valiente; 2000; Goyanes y Capdevila J. *La sátira contra los médicos y la medicina en los libros de Quevedo*. Madrid: Academia Nacional de Medicina; 1934; López Méndez H. *La medicina en el «Quijote»*. Madrid: Quevedo; 1979; Martín de Prados A. *Vida humana y medicina en la obra literaria de la generación del noventa y ocho*. Madrid: Facultad de Medicina; 1962; Pérez Bautista F. *El tema de la enfermedad en la novela realista española*. Salamanca: Universidad de Salamanca; 1972; Sánchez Granjel L. *La medicina y los médicos en las obras de Torres Villarroel*. Salamanca: Universidad de Salamanca; 1952; Sancho de San Román R. *La medicina y los médicos en la obra de Tirso de Molina*. Salamanca: Universidad de Salamanca; 1960.
3. Vid. al respecto Navarro F. A. *Viaje al corazón de uno mismo. ¿Por qué demonios escriben los médicos?* [discurso]. Madrid: Roche; 1999, o Sánchez Granjel L. *Mé-dicos novelistas y novelistas médicos* [discurso]. Salamanca: Real Academia de Medicina de Salamanca; 1973.
4. Recordemos, por ejemplo, la llamativa presencia de enfermedades como la tuberculosis en la producción literaria del XIX, la de enfermos diversos en el teatro español del Siglo de Oro o la del médico, que es sin duda la que se lleva la palma, ya como objeto de aguda crítica, como ocurre en Quevedo, ya como héroe maravilloso al que imitar. En este sentido hay que resaltar que el médico —quizá por encima de reyes, califas, papas o soldados— es uno de los personajes más recurrente en los relatos que pertenecen al género conocido como «novela histórica» (*El médico* y toda la saga de los Cole, *Avicena o la ruta de Isfahan*, *El faro de Alejandría* o *El médico de Córdoba*, por citar sólo algún ejemplo).
5. Montiel L. «Lo oculto desvelado: la sexualidad en la literatura», *Jano* 1988; 35: 329.
6. Rof Carballo J. *Medicina y actividad creadora*. Madrid: Revista de Occidente; 1964; pág. 81.
7. Vid. sobre esto Azurmendi M. «Enfermedad y metáfora», *Literatura y enfermedad* 1990; 8-9: 58-61; Lakoff G., Johnson M. *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra; 1991, o Sontag S. *La enfermedad y sus metáforas*. Madrid: Taurus; 1996, por ejemplo.
8. Vid. Gutiérrez Rodilla B.M. *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico* Bar-

- celona: Península; 1998; 108-180.
9. Vid., por ejemplo, Marchal P. «Discours scientifique et déplacement métaphorique», en: Jongen R. (dir.) *La métaphore. Approche pluridisciplinaire, [Lettres]* 1980; 15: 99-139; Paprotté W., Dirven R. (dirs.) *The ubiquity of metaphor: metaphor in language and thought*. Amsterdam: Benjamins; 1985; Schlanger J. *Les métaphores de l'organisme*. París: J. Vrin; 1971, o Stengers I., Schlanger J. *Les concepts scientifiques*, París: Gallimard; 1991; 83-100.
 10. Bachelard G. *La formation de l'esprit scientifique* (7.^a ed.). París: Vrin; 1970; 38.
 11. Vid. Hallyn F. «La machine de l'exemple ou la comparaison chez Descartes», en: Coorebyter V. de (dir.) *Rhétoriques de la science*. París: PUF; 1994: 33-52.
 12. Vid. Vickers B. «Analogy versus identity: the rejection of occult symbolism 1580-1680», en: Vickers B. (dir.) *Occult and scientific mentalities in the Renaissance*. Cambridge: Cambridge University; 1984: 95-164, págs. 144 y sigs.
 13. Bullón Sopelana A. *El método analógico en Anatomía Patológica* [discurso]. Salamanca: R. A. M. S.; 1994.
 14. Ejemplo que tomo prestado de Skoda F. «Sens et histoire de deux dénominations de la catalepsie dans les textes médicaux grecs», en: Débru A., Sabbah G. (dirs.): *Nommer la maladie. Recherches sur le lexique gréco-latin de la pathologie*. Saint-Étienne: Université de Saint-Étienne; 1998: págs. 21-38.
 15. Se pueden encontrar numerosos ejemplos en Marcovecchio E. *Dizionario etimologico storico dei termini medici*. Florencia: Festina Lente; 1993.
 16. Sobre epónimos médicos y, dentro de éstos los literarios, pueden consultarse Bouché P. *Les mots de la médecine*. París: Belin; 1994; González Rey A., Livianos Aldana L. *La psiquiatría y sus nombres. Diccionario de epónimos*. Madrid: Panamericana; 1999; Rodin A. E., Key J. D. *Medicine, literature & eponyms*. Malabar: R. E. Krieger; 1989, o Van Hoof H. *Dictionnaire des éponymes médicaux*. Lovaina: Peeters; 1993.
 17. Aunque nuestra medicina occidental es fundamentalmente deudora de Grecia y, aunque *mito* y *mitología* sean palabras griegas, vinculadas por tanto a la historia helena y a determinadas características de esa civilización, es bien sabido que los mitos, forma de relato procedente de la noche de los tiempos, preexistentes a cualquier narrador que los recoja por escrito, aparecen en culturas y épocas muy distintas –China, India, Próximo Oriente antiguo, América precolombina o África– y presentan entre sí y con Grecia, suficientes puntos comunes que los emparentan. (Vid. Vernant J. P. «Prefacio», en: *El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*. Barcelona: Anagrama; 2000).

